



**Parròquia
de sant Eugeni
i santa Agnès
València**

Tel. 963795306.

parroquias.eugenio@gmail.com

www.parroquiasaneugenioysantaines.es



Dijous Sant, Dia de l'Amor Fratern

17 d'abril de 2025

Proclamació de la Paraula

Primera lectura. El Éxodo de Israel nos recuerda la liberación de aquel pueblo elegido por Dios para ser luz de las naciones. Desde esa fecha los judíos ofrecerán el cordero pascual. Esto nos hará comprender mejor que Jesús sea el verdadero y definitivo Cordero de Dios que se ofrece por la salvación de todos.

Libro del Éxodo 12, 1-8. 11-14

En aquellos días, dijo el Señor a Moisés y a Aarón en tierra de Egipto:

«Este mes será para vosotros el principal de los meses; será para vosotros el primer mes del año. Decid a toda la asamblea de los hijos de Israel: “El diez de este mes cada uno procurará un animal para su familia, uno por casa. Si la familia es demasiado pequeña para comérselo, que se junte con el vecino más próximo a su casa, hasta completar el número de personas; y cada uno comerá su parte hasta terminarlo.

Será un animal sin defecto, macho, de un año; lo escogeréis entre los corderos o los cabritos.

Lo guardaréis hasta el día catorce del mes y toda la asamblea de los hijos de Israel lo matará al atardecer”. Tomaréis la sangre y rociaréis las dos jambas y el dintel de la casa donde lo comáis. Esa noche comeréis la carne, asada a fuego, y comeréis panes sin fermentar y hierbas amargas.

Y lo comeréis así: la cintura ceñida, las sandalias en los pies, un bastón en la mano; y os lo comeréis a toda prisa, porque es la Pascua, el Paso del Señor.

Yo pasaré esta noche por la tierra de Egipto y heriré a todos los primogénitos de la tierra de Egipto, desde los hombres hasta los ganados, y me tomaré justicia de todos los dioses de Egipto. Yo, el Señor.

La sangre será vuestra señal en las casas donde habitáis. Cuando yo vea la sangre, pasaré de largo ante vosotros, y no habrá entre vosotros plaga exterminadora, cuando yo hiera a la tierra de Egipto.

Este será un día memorable para vosotros; en él celebraréis fiesta en honor del Señor. De generación en generación, como ley perpetua lo festejaréis».

Salmo 115

El cáliz de la bendición es comunión de la sangre de Cristo

Segunda lectura. El texto que escuchamos a continuación está relacionado con las amonestaciones de Pablo sobre la división en el seno de la comunidad de Corinto. Ahí el Apóstol nos recuerda que celebramos la Pascua de nuestra redención: todos a una. Pablo nos recuerda que Jesús, en este día, nos dió el mandato del amor fraterno y mutuo y lo rubricó con un gesto que le costó la vida.

Primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 11, 23-26

Hermanos:

Yo he recibido una tradición, que procede del Señor y que a mi vez os he transmitido: que el Señor Jesús, en la noche en que iba a ser entregado, tomó pan y, pronunciando la Acción de Gracias, lo partió y dijo:

«Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía».

Lo mismo hizo con el cáliz, después de cenar, diciendo: «Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre; haced esto cada vez que lo bebáis, en memoria mía».

Por eso, cada vez que coméis de este pan y bebéis del cáliz, proclamáis la muerte del Señor, hasta que vuelva.

Evangelio. “¿Comprendéis lo que os he hecho?” Nos pregunta Jesús al proclamar el Evangelio en este Jueves Santo. Celebrar el laboratorio de los pies y, acto seguido, la Eucaristía, nos recuerda nuestras señas de identidad: quiénes somos y qué llevamos entre manos. Lo que nos queda a todos los reunidos aquí, en samblea, que escuchamos esta Palabra de Dios, es definir hasta qué punto estamos dispuestos a vivir el amor fraterno.

Evangelio según san Juan 13, 1-15

Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo.

Estaban cenando; ya el diablo había suscitado en el corazón de Judas, hijo de Simón Iscariote, la intención de entregarlo; y Jesús, sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos, que venía de Dios y a Dios volvía, se levanta de la cena, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe; luego echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos, secándoselos con la toalla que se había ceñido.

Llegó a Simón Pedro, y este le dice:

«Señor, ¿lavarme los pies tú a mí?».

Jesús le replicó:

«Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás más tarde».

Pedro le dice:

«No me lavarás los pies jamás».

Jesús le contestó:

«Si no te lavo, no tienes parte conmigo».

Simón Pedro le dice:

«Señor, no solo los pies, sino también las manos y la cabeza».

Jesús le dice:



«Uno que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies, porque todo él está limpio. También vosotros estáis limpios, aunque no todos». Porque sabía quién lo iba a entregar, por eso dijo: «No todos estáis limpios». Cuando acabó de lavarles los pies, tomó el manto, se lo puso otra vez y les dijo: ¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis “el Maestro” y “el Señor”, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros: os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis».

Reflexió sobre la Paraula

LAS CICATRICES DEL RESUCITADO

José Antonio Pagola

«Vosotros lo matasteis, pero Dios lo resucitó». Esto es lo que predicán con fe los discípulos de Jesús por las calles de Jerusalén a los pocos días de su ejecución. Para ellos, la resurrección es la respuesta de Dios a la acción injusta y criminal de quienes han querido callar para siempre su voz y anular de raíz su proyecto de un mundo más justo.

No lo hemos de olvidar. En el corazón de nuestra fe hay un Crucificado al que Dios le ha dado la razón. En el centro mismo de la Iglesia hay una víctima a la que Dios ha hecho justicia. Una vida «crucificada», pero vivida con el espíritu de Jesús, no terminará en fracaso, sino en resurrección.

Esto cambia totalmente el sentido de nuestros esfuerzos, penas, trabajos y sufrimientos por un mundo más humano y una vida más dichosa para todos. Vivir pensando en los que sufren, estar cerca de los más desvalidos, echar una mano a los indefensos... seguir los pasos de Jesús, no es algo absurdo. Es caminar hacia el Misterio de un Dios, que resucitará para siempre nuestras vidas.

Los pequeños abusos que podamos padecer, las injusticias, rechazos o incomprensiones que podamos sufrir, son heridas que un día cicatrizarán para siempre. Hemos de aprender a mirar con más fe las cicatrices del Resucitado. Así serán un día nuestras heridas de hoy. Cicatrices curadas por Dios para siempre.

Esta fe nos sostiene por dentro y nos hace más fuertes para seguir corriendo riesgos. Poco a poco hemos de ir aprendiendo a no quejarnos tanto, a no vivir siempre lamentándonos del mal que hay en el mundo y en la Iglesia, a no sentirnos siempre víctimas de los demás. ¿Por qué no podemos vivir como Jesús, diciendo: «Nadie me quita la vida, sino que soy yo quien la doy»?

Seguir al Crucificado hasta compartir con él la resurrección es, en definitiva, aprender a «dar la vida», el tiempo, nuestras fuerzas y, tal vez, nuestra salud por amor. No nos faltarán heridas, cansancio y fatigas. Una esperanza nos sostiene: un día, «Dios enjugará las lágrimas de nuestros ojos, y no habrá ya muerte ni habrá llanto, ni gritos ni fatigas, porque todo este mundo viejo habrá pasado».

Alimentar la esperanza / Acción Católica General

Hoy, Jueves Santo la Palabra de Dios nos indica cómo alimentar ese amor que fundamenta y fortalece la esperanza, mediante una dieta equilibrada, con dos ‘ingredientes’: Dios y el prójimo. El ‘ingrediente’ básico para alimentar la esperanza cristiana es la Eucaristía, cuya institución por Cristo celebramos

hoy. Como escuchamos en la 2ª lectura: “El Señor Jesús, en la noche en que iba a ser entregado, tomó pan, lo partió y dijo: «Esto es mi cuerpo... Haced esto en memoria mía». Lo mismo hizo con el cáliz: «Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre; haced esto en memoria mía»”. Como escribió Benedicto XVI en “Sacramentum caritatis”, «la Eucaristía es el Sacramento del Amor, es el don que Jesucristo hace de sí mismo, revelándonos el amor infinito de Dios» (1).

Como hemos escuchado en el Evangelio, “Jesús, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo”. «Y con esta expresión, el evangelista presenta el gesto de infinita humildad de Jesús: antes de morir por nosotros en la cruz, ciñéndose una toalla, lava los pies a sus discípulos. Del mismo modo, en el Sacramento eucarístico Jesús sigue amándonos ‘hasta el extremo’, hasta el don de su Cuerpo y de su Sangre» (1). Los alimentos materiales que son el pan y el vino son ‘el Cuerpo y la Sangre de Cristo’. La Eucaristía es el Sacramento del Amor y por eso fortalece la esperanza cristiana, porque “cada vez que coméis de este pan y bebéis del cáliz, proclamáis la muerte del Señor, hasta que vuelva”.

Y el otro ‘ingrediente’ para alimentar la esperanza cristiana, el prójimo, es inseparable de la Eucaristía, porque «en la última Cena Jesús confía a sus discípulos el Sacramento que actualiza el sacrificio que Él ha hecho de sí mismo en obediencia al Padre para la salvación de todos nosotros. No podemos acercarnos a la Mesa eucarística sin dejarnos llevar por ese movimiento de la misión que, partiendo del corazón mismo de Dios, tiende a llegar a todos los hombres. Así pues, el impulso misionero es parte constitutiva de la forma eucarística de la vida cristiana» (84).

En el Evangelio hemos escuchado que Jesús “se levanta de la cena, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe; luego echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos... Y cuando acabó de lavarles los pies, les dijo: Si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros: os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis”. Por eso hoy, Jueves Santo, junto con la institución de la Eucaristía celebramos del Día del Amor Fraternal. Porque ‘lavarnos los pies unos a otros’, como nos enseñó Jesús, alimenta y fortalece la esperanza cristiana.

Un camino para ‘lavarnos los pies unos a otros’ lo indica el Papa Francisco en la Bula: practicar las obras de misericordia, como ya dijo en el anterior Jubileo de la misericordia: «si damos de comer al hambriento y de beber al sediento. Si acogimos al extranjero y vestimos al desnudo. Si dedicamos tiempo para acompañar al que estaba enfermo o prisionero. Si ayudamos a superar la duda y el miedo; si fuimos capaces de ser cercanos a quien estaba solo y afligido; si perdonamos a quien nos ofendió y rechazamos cualquier forma de rencor o de violencia; si tuvimos paciencia siguiendo el ejemplo de Dios que es tan paciente con nosotros. Si encomendamos al Señor en la oración nuestros hermanos y hermanas» (Misericordiae vultus, 15). Desde la Eucaristía descubriremos cada día múltiples ocasiones para ‘lavarnos los pies unos a otros’, y así alimentar la esperanza cristiana.

